

Gran Bretaña: al rescate del orgullo herido

Por Virginia Gamba, La Nación, 27 de abril de 1982, Buenos Aires, Argentina

El ataque diplomático y militar de Gran Bretaña hacia un país del Tercer Mundo, americano y occidental, es un hecho patético y lamentable. Es aún más gravoso si se tiene en cuenta que tal actitud irracional y emocional proviene de uno de los países creadores de las teorías de seguridad contemporáneas, que basan toda su política en conceptos complejos de racional repulsión para que el enemigo desista de utilizar la fuerza antes de comenzar una crisis.

A más de tres semanas del histórico suceso del 2 de abril, la reacción británica y la rigidez en su toma de decisiones han cambiado o puesto en tela de juicio varios esquemas dentro de las relaciones internacionales. Su inflexibilidad no solamente ha roto la paz de Occidente sino que ha ejercido una negativa presión sobre sus dos puntos de apoyo: los EE.UU. y Europa occidental. Consecuencias secundarias de tal actitud se reflejan en la unión sudamericana, el renovado interés de potencias extracontinentales en el área y en los distintos foros de opinión mundial tales como los No-alineados y las Naciones Unidas.

Ante tales sucesos, la lógica pide motivaciones. Surgen, en primer lugar, motivaciones británicas de índole interna, como ser el tradicional ataque entre los partidos políticos británicos, los problemas económicos y laborales y el lobby de la Marina Real dentro de la toma de decisiones de defensa. Aparte de estas presiones actuales, Gran Bretaña arrastra otra índole de problemas, tales como la constante pérdida de poder e influencia tras la ignominiosa retirada de su posición imperial y el problema de adaptación a ser parte de Europa occidental.

Presiones internas

¿Cómo han evolucionado estas presiones de índole interna que precipitaron la crisis actual? En cuanto al problema de los ataques partidistas dentro del Parlamento, los primeros momentos reflejaron confusión y la cuasi caída del gobierno conservador; ahora existe una aparente unión tras la política dura de Margaret Thatcher. Los problemas económicos se han exacerbado, pero la muy positiva reacción probritánica de los países de la CEE quizás augure una mayor cantidad de ayuda económica para ese país al finalizar la crisis.

Los problemas laborales han quedado relegados al obtener el apoyo de la opinión popular en favor de las medidas dictadas por el Gobierno en relación con las islas del Atlántico Sur.

Por último, el lobby de la Marina Real, elemento interesado obviamente en una intervención de la Marina en el área, parece haber dado resultados a juzgar por noticias provenientes de Londres en las cuales se indicaba que la Sra. Thatcher se había visto forzada a "reconsiderar los planes de defensa de su gobierno para el año próximo, que según se cree incluiría sustanciales reducciones en la flota de superficie". Esta opinión se basó en el aplazamiento de un documento del Ministerio de Defensa, al respecto de reducciones, que no llegó a ser publicado aún.

Hasta este momento vemos cómo la intervención armada en las islas del Atlántico Sur sirve al refuerzo del saldo interno positivo en lo que a Gran Bretaña se refiere: las partes interesadas han obtenido las ganancias esperadas. Lo que aún no se puede comprender es el "momento mismo" escogido para la intervención: la inflexibilidad

británica pone en peligro la mediación norteamericana y crea presiones sobre los EE.UU. y sobre Europa occidental como aliados. En otras palabras, si los motivos actuales internos para la crisis ya han dado su fruto a los sectores interesados (y fueron reafirmados con la simbólica lucha de las Georgias del sur), ¿por qué simultáneamente se ha puesto en peligro la influencia norteamericana, las negociaciones y la salud económica de la CEE con las presiones generadas por el factor tiempo y magnitud?

Motivaciones heredadas

La respuesta a esta interrogante se encuentra en un segundo juego de motivaciones británicas, es decir, en las ocultas motivaciones heredadas tales como la pérdida del imperio y la renuencia a formar parte activa de Europa occidental. Superpuesta a sus razones contemporáneas para la creación de la presente crisis, ¿no sería posible encontrar en la exageración diplomático-militar británica -hecha aun a costa de sus aliados una razón de arrogancia y despecho? Para la respuesta a esta pregunta es preciso hurgar en el pasado inglés un hecho lo suficientemente significativo como para permitir su alusión a la crisis presente. Esta búsqueda sólo nos puede llevar, en su contexto moderno, a Suez.

Si bien mucho se ha hablado ya de que la crisis de las Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur son una "segunda Suez", este término ha sido utilizado en su contexto exterior: el derrumbe del poderío inglés. Pero, ¿cuáles fueron las lecciones de Suez para los mismos británicos? Lejos de olvidar y avanzar en sus relaciones internacionales, los británicos han dedicado muchísima atención al análisis de Suez.

Estrategos contemporáneos como C. J. Bartlett, J. B. Groom, J. Baylis y otros basan todos sus análisis en la búsqueda de: 1) razones por las cuales falló Suez, y -más preocupante- 2) cómo se puede evitar perder una nueva Suez. Citaré a continuación los elementos principales de estos análisis.

Será útil que el lector vaya equiparando estos elementos al comportamiento diplomático-militar inglés de la presente crisis.

¿Por qué falló Suez?

Las razones por las cuales falló Suez, según Gran Bretaña, fueron, en primer lugar, la demora inicial en reaccionar ante la nacionalización en agosto de 1956. Dentro de este factor tiempo se tiene en cuenta que: 1) las operaciones militares deberían de haberse concretado lo antes posible para poder evitar la intervención en favor de Egipto de terceros países, como efectivamente sucedió durante la intervención de los EE.UU. y las Naciones Unidas en octubre-noviembre de 1956, y 2) la renuencia a actuar velozmente por parte de Gran Bretaña que no disponía de fuerzas en el área como para reaccionar inmediatamente, que luego demoró seis semanas en reunir la fuerza de choque, y que basó su planteamiento de la operación con demasiada cautela al sobreestimar el poderío egipcio. La decisión misma de no tomar muchos riesgos físicos causó fricciones con sus socios franceses.

En segundo lugar, se reconoce que, aparte del factor tiempo en la reacción inmediata, a partir del mes de septiembre de 1956 la total cronología de la operación fue determinada por consideraciones políticas que llevaron al gobierno inglés a rehusar atacar a Egipto (por aire, desde Malta) antes de presentar un ultimátum formal. Lo cierto es que se puede probar que, militarmente, Gran Bretaña pudo haber mantenido el canal si el gobierno inglés no hubiera cedido ante presiones externas. Se cree, en general, que la recuperación del canal hubiera colocado a Gran Bretaña en una mejor

base para iniciar negociaciones y al mismo tiempo satisfacer en algo los intereses emocionales y ambiciosos de la psicología imperial.

Correr riesgos y tomar decisiones rápidas

¿Cuáles son los puntos que proponen los estrategos británicos contemporáneos para revertir el resultado de Suez. de poder hacerse? Estos son: 1) asegurar el apoyo de la opinión pública británica en favor de una intervención (en 1956, aquélla se encontraba dividida; 2) tomar más riesgos económicos con especial referencia a las reservas de oro y dólares; 3) tomar decisiones más rápidas de acción, pues se evita sobreexponer al gobierno frente a la toma de una decisión lenta con el subsiguiente deterioro del partido gobernante, y 4) decidirse a afrontar todas las vicisitudes de una acción armada, tales como el riesgo de desaprobación interna y exterior, daño a la economía y hostilidad hacia Gran Bretaña de parte del grupo de países del área del conflicto.

No hace falta un análisis muy complejo de la situación actual en la crisis del Atlántico Sur para ver que los puntos determinantes arriba expuestos se han aplicado a la presente crisis paso por paso: campaña en pro de la opinión pública, la toma de riesgos económicos sin precedente (poner en duda la inviolabilidad de la City), rapidez en la toma de una posición rígida por parte del gobierno (anuncio del 3 de abril del envío de la flota) y disposición a afrontar la desaprobación de los países, en especial, de los países del área (OEA).

También se puede ver el apuro por intervenir militarmente antes de la reunión de los países del TIAR para estar en mejor posición de negociar, la decisión de tomar riesgos concretos (disparar primero) y no acceder a las presiones externas. Exclusivamente hablando del problema de las presiones externas -que tanto lamentó Gran Bretaña en Suez-, se ve que la actual actitud inglesa toma muy en cuenta lo sucedido entonces con los EE.UU. Vale la pena revisar las relaciones anglo-americanas de entonces sobre Suez y de ahora sobre el Atlántico Sur para determinar el porqué de la conducta diplomática inglesa actual.

Otra vez pido a los lectores que vayan trazando paralelos entre las dos crisis: los EE.UU. y Gran Bretaña tenían intereses divergentes en la región del canal. Para Gran Bretaña, el Medio Oriente era un área crítica de su política tradicional, la presencia de las fuerzas británicas y el uso ininterrumpido del canal eran axiomas de la política británica por más de un siglo. Para los EE.UU. el canal no era una línea vital histórica, lo mismo que Egipto no era un campo de prueba para el prestigio nacional. El Sr. Dulles, sin ir más lejos. sin duda pensaba que el enemigo principal en la región no era el nacionalismo árabe sino el comunismo soviético. En suma, no existía una mutualidad de intereses entre Gran Bretaña y los Estados Unidos.

Inicial ambivalencia norteamericana

La ambivalencia inicial de la respuesta norteamericana, la intensidad de su subsecuente oposición y la rigidez de las percepciones del primer ministro Eden generaron un choque que sacudió a la alianza misma de Occidente. Las fuerzas militares norteamericanas no solamente obstaculizaron indirectamente la invasión del canal; también la especulación financiera en Washington llevó a Inglaterra al borde de la quiebra.

Cuando llegó el alto el fuego del 6 de noviembre de 1956, éste fue claramente el resultado de la presión norteamericana (y de la falta de cooperación operacional que presentó Europa occidental). ¿Es, pues, tan extraño ver que el gobierno inglés ahora exige al gobierno de Reagan la toma de una posición inflexible probritánica? ¿No se

puede encontrar una lógica a la acción británica de presionar a los EE.UU. dándoles un límite para negociar, y actuando antes del límite?

Es demasiada coincidencia ver como Gran Bretaña aplica a la crisis del Atlántico Sur todas las medidas que juzga hubieran bastado para salvar su posición en Suez (o por lo menos no perder tanto prestigio). Al hacer esto quizá confía de alguna forma en revertir "la condena" que representó Suez para el poderío británico.

En este ejercicio, Gran Bretaña, parece haber olvidado algo. Las relaciones internacionales se caracterizan por el angosto margen entre la habilidad y la ineptitud de la toma de decisiones: si bien muchas decisiones correctas acarrear, a la larga, resultados negativos y viceversa, lo que no está permitido en ningún caso es recrear una situación o un mismo error para rescatar un orgullo herido.